

## EL ESPÍA

Todo lo que platicaba o hacía con su mujer al día siguiente era comentado en la prensa y ya no se diga en su trabajo. Sobre todo lo que comentaba o hacía en su recámara, el lugar más íntimo de la casa. Sabía que por ocupar un puesto político alto tenía ese peligro y por lo tanto fue muy cuidadoso al escoger la casa en la que ahora vivía. Un grupo de investigadores la revisó palmo a palmo para detectar cualquier aparato extraño que se encontrara ya sea en el excusado, en los enchufes eléctricos, en las macetas, cocina, en lámparas, pisos de madera, figuras de Lladró, closet personal de él y closet personal de ella. Ni un centímetro se dejó de investigar. Y nada, no se encontró nada.

Para mayor seguridad exigió retirar el teléfono de su recámara pues es bien sabido que los teléfonos son los primeros que se utilizan para rastrear a una persona. Tampoco permitió la computadora, ni siquiera su lap personal o su celular. Hasta su I Pod, donde escuchaba boleros románticos, se quedaba fuera del cuarto.

En ocasiones le decía a su mujer cosas falsas, exageradas, para probar. Y sin fallar aparecían al día siguiente en alguna nota periodística o eran comentadas en la junta de gobierno que llevaba a cabo por la mañana. ¡Era desesperante!

Corrió a sirvientas, secretarios, jardineros, chofer y cuanto personal estaba en la casa. Alguno debe escuchar, no sé cómo pero lo hace. De balde. La información continuaba saliendo.

Ahora la desconfianza recayó en el hijo único. Era un joven que se pasaba la vida exigiendo más de todo: autos, ropa de marca, dinero para viajar, aparatos modernos sofisticados. Nunca se acabó de entender con él. Con el pretexto de darle mayor libertad le puso un departamento elegante en la Condesa. El joven por primera vez en su vida le dio las gracias. Eso era lo que quería.

El único aparato en la recámara era el televisor que fue examinado una y otra vez para ver si no tenía algún micrófono o una cámara escondida. Pasó todas las revisiones.

A nadie le cuenta su vicio, su vicio real, ni siquiera a su mujer. Es la tele adicción. Sencillamente si no ve dos o tres horas la tele al día no está tranquilo. No importa el programa. Lo importante es la imagen. Por supuesto que no perdona el noticiero de la noche, alguna serie americana y los programas de humor. Lo que le emociona hasta el alma, cosa que ni aún con tormentos diría, es ver capítulos de alguna

telenovela mexicana. Eso lo vuelve loco. Si por él fuera estaría todo el día pegado a la tele viendo todas las novelas actuales y las repeticiones de las antiguas.

Su segundo vicio es ser comunicativo. Le encanta el chisme pero no puede decirle nada a nadie por su puesto. La única con quién puede hacerlo es su mujer que lo ama hasta la muerte y que sería incapaz de decir algo de lo que escuchó de sus labios. Es la única persona de la que jamás sospecharía. Ya en la cama es cuando comenta todo lo que sabe o que se imagina de los demás. Y esto es lo que se conoce al día siguiente. ¿Pero cómo puede ser eso posible? Se pregunta una y otra vez.

El tercer vicio es el sexo. Sí, por qué no decirlo. Es joven y sano. Al menos eso piensa y por lo tanto tiene todo el derecho a disfrutar la vida. Y lo hace con su mujer. El también está enamorado de ella. Así como Sherezada platicaba una historia diferente cada día, él trata de poner alguna nueva práctica sexual. Bueno, no todos los días, ya no estaba para eso, pero sí frecuentemente. Seguramente esta era una de las causas que hacían que su mujer lo amara tanto. La otra era que le daba el dinero que le pedía sin preguntar.

Si los chismes se sabían al día siguiente causándole mil enojos, el que su actos sexuales fueran comentados por todos lo sacaba de quicio. ¿De dónde sacaste esa nueva postura?, le preguntaba Arnoldo, su amigo y compañero. Eres bien porno, remataba el comentario. Leticia, su secretaria que era muy llevada con él, le decía que a ver cuándo la invitaba a practicar eso que hizo con su mujer la noche anterior. Después reía con una risa deliciosa.

Ayer tuvo dos golpes devastadores que lo llevaron casi al suicidio. Le quitaron el puesto por hablar mal del dirigente del partido al que pertenecía y la huida de su mujer con Arnoldo, su mejor amigo.

De la furia destruyó todo lo que había en su casa: vajillas, floreros, cuadros, libros, muebles. Lo único que dejó en pie fue su tele, su amada tele. Ahora sí tenía todo el día para verla y a eso se resignó,

Lo que nunca supo era que los personajes de ella eran los que lo espiaban. Cuando veían hacia él pensaba que eran close ups necesarios. Mentira. Lo estaban espiando. Lo espiaba la muchacha ingenua, el novio que luchaba por obtener el amor, la mala, la sirvienta, el chofer, el médico. Todos lo espiaban. Los datos los pasaban al final a la computadora principal de la empresa. Ella es la que maneja al país y claro que lo maneja a él.

Julio 2008